

## CRÓNICA NORTEAMERICANA

## LOS VASCOS EN EL FAR WEST

EN el lejano Oeste, en los Estados de la costa del Pacífico, Idaho, Montana, Wíoming, California, Colorado, Nevada, los emigrados de Vasconia han fundado y levantado colonias vastas y fuertes. Como en la hispánica América, allá al sur, aquí en la gran República del Norte, los vascos también, con la energía de esa raza secular, han plantado sus tiendas, han encendido el fuego de sus hogares y en la honrada labor tenaz, consciente, en extraña y apartada tierra, van formando sus fortunas y trillando hacia el porvenir anchas sendas fáciles para los que de su misma raza vengan después a recorrer los caminos que ellos, solos, con la fortaleza de su espíritu como único guía, recorrieron cuando esos caminos eran ásperos e inexplorados.

En la inmensidad de este país, todas las razas del mundo son acogidas; aquí todos los pueblos han traído un esfuerzo y una energía, todos se han encontrado sobre el vasto territorio, como sobre una vasta palestra para justar y revisar sus valores. Frente al italiano apasionado e impulsivo, frente al griego frívolo y charlatán, y al turco ligero e inquieto; frente al eslavo reposado y humilde y al germano tozudo y constante y al sajón frío y calculista, y frente al francés sagaz e inteligente y al chino laborioso y malicioso, y al japonés progresista y asimilativo, y, frente a tantos pueblos de raras y peculiares cualidades, los vascos se han erguido viriles, enérgicos, honrados, asombrosamente, excepcionalmente honrados.

Vienen de una tierra de fuertes y poderosas entrañas—entrañas de hierro—en que por generaciones, atravesando centurias y viendo pasar civilizaciones, tomando de ellas siempre lo mejor y dándoles su propio espíritu, habían ido conservando la ancestral integridad de toda

una raza superviviente en las intangibles montañas euskéricas. Luego, en los tiempos más modernos, la audacia de los hombres de Euskertia se templó cruzando el mar, avanzando a los ignotos misterios del Oriente y el Occidente lejanos. De Lequeitio, de Guetaria, de tantos otros puertos vascos, sus atrevidas naves salían dirigidas por aquellos mareantes que sabían domar los elementos. Ya no oraban humildes en el silencio de los valles suaves, los ancianos sapientes y los jóvenes pastores. En las sidentes inmensidades de mares inexplorados, en las rudas costas recién conquistadas aquellos vascos tuvieron oraciones de ambición y de esperanza. Y en estos días de ahora, ellos siguen explorando y conquistando; el viejo empuje de una sangre vigorosa golpea en sus pechos. No sólo en la América latina, donde afinidades de estirpe y vestigios de las colonias primitivas los acogen hospitalarios; aquí también, en esta tierra extraña en que nada étnico ni del pasado los atrae, ellos, los vascos, han desarrollado sus energías virilmente, tenazmente, invasores y creadores.

De pronto, aquí en New York, en la fabulosa ciudad del Este, aparece un individuo que viene del Far West; es un norteamericano, viene como un descubridor, a relatar cosas nuevamente inventadas. Viene a hablarnos de unos hombres fuertes, audaces, honrados, excepcionalmente honrados, asombrosamente honrados, que llegaron allí jóvenes, hablando extraña lengua secular. Vinieron con sólo su voluntad. Vinieron a trabajar. No había en el Oeste grandes núcleos fabriles ni comerciales. La vida financiera activa se concentraba en los puertos del Pacífico. En California, que conserva nombres españoles y ruinas de misiones monásticas—que hoy reedifican y restauran las sociedades culturales del país, devolviéndoles el primitivo carácter de la vieja España conquistadora—; las minas eran para los vascos, a veces, un lugar de trabajo. En los otros Estados, las inmensas praderas despertaban atávicamente su antigua afición. Y los vascos en el Oeste, empezaron a dedicarse al pastoreo y fueron engrandeciendo, poco a poco, obstinados, sus rebaños hoy inmensos. Millares y millares que representan una riqueza pecuaria fabulosa, vagan por el Far West bajo la égida de los laboriosos, de los fuertes pastores de Vasconia, como en los tiempos remotos allá en los valles de la tierra amada que ellos han dejado al otro lado del Atlántico.

Ese norteamericano, que hablaba con el descubridor de una raza desconocida, de unas virtudes imprevistas, se convierte en el propagandista de la colonia euskara del Oeste; se dice su protector.

Él los escucha y los ayuda, porque los admira y los ama, porque los vascos supieron crearse un prestigio, un nombre, una reputación a

través de cinco o seis vastísimos Estados en la inmensa y extraña República, y van, acrecentándolos de día en día, y ya hoy se sabe de ellos entre los hombres del Norte, como de los más audaces, de los más fuertes, de los más buenos que las enormes oleadas de la inmigración ha arrojado sobre las playas norteamericanas.

Como en Cuba, como en la Argentina, aquí tienen ellos ya ese nombre que tantas cosas grandes expresa: los vascos.

Ese norteamericano, Mr. Silen, ha escrito de los vascos del Far West un libro, en él ha recogido todas sus impresiones ante la colonia de los emigrados; habla de ellos considerándolos ya como elementos propios y necesarios para el progreso y el desenvolvimiento de los Estados en que ellos desarrollan sus energías. Con el raro espíritu desapasionado, absolutamente y friamente imparcial de los hombres del Norte, éste va haciendo el elogio de todos estos vascos, con amor y admiración. Él va hablando de todos ellos, de los más prominentes, enumera sus cualidades, sus virtudes, los va nombrando, hace su historia, que siempre es sencilla y noble. Especialmente se ocupa del que es como el decano de la colonia, mejor como el patriarca de la gran familia: de Juan Arrachabal. Es vizcaíno, de Ispazter; vino casi adolescente. Hoy, después de la larga labor de muchos años, él ha llegado a ser el guía y el apoyo de todos sus compatriotas recién llegados, inexpertos y no sólo les ayuda con su conocimiento del terreno, con su experiencia de la larga lucha, sino que hasta el apoyo pecuniario que su gran fortuna le permite prestarles, él se lo concede generoso.

Es todo un vasco. Y es este el mejor elogio que podemos hacer de él. Los que de cerca lo conocen, pueden ensalzar sus prestigios, como hace el autor del libro, y expresar cómo ha llegado a ser una personalidad influyente no sólo dentro de los límites de la colonia, sino en todo el Estado de Idaho, que es donde está arraigado.

Yo os transmito todo esto como noticia en esta crónica, porque debéis saber cómo vuestros hermanos, hasta el lejano Oeste, han llegado con el empuje de una fuerza secular a sembrar, siempre más lejos, siempre conquistando, frescos retoños del viejo roble. Y también para que sepáis el nombre de un buen norteamericano que los ayuda y alienta.

Cuando se hable de la obra enorme de los vascos en la República Argentina, en Cuba, hablad también de la obra que ellos están haciendo en el lejano Oeste.

J. ALFAU